

V9
/

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petrera
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXII

FEBRERO DE 1934

SERIE II, N° 151

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Rodolfo Arrigorriaga

El trabajo de vivir

Reflexiones sobre las perspectivas del Trabajo Nacional

La discusión pública acerca de los problemas económicos y sociales parece estar cambiando de tono. Hasta ahora la polémica giraba en torno de particularidades. Se hablaba de la venta de tal o cual producto o de la situación de la industria o de las finanzas del Estado, las obras públicas o la desocupación. Por graves que fueran estos asuntos, su examen no entraña el peligro que hay en mirar más al fondo, analizando el propio régimen en que vivimos. Esto último se relegaba para la charla callejera para las páginas de los periódicos sensacionalistas o para la grito más o menos juvenil.

Ahora, en cambio, son los propios voceros autorizados de la Sociedad, del Estado y de las ciencias políticas quienes se aprestan a enjuiciar al régimen capitalista. Gobernantes y parlamentarios discuten oficialmente sin repugnancia alguna los fundamentos legales y económicos de la ordenación moderna. Ellos, adaptándose a la moda actual se deciden a aceptar como razonables, ideas hechas cuya circulación entre el pueblo está ya más o menos asegurada. Así es que los remedios que proponen son las tan conocidas formas de la violencia o de la dictadura: dictadura del proletariado o de las minorías, régimen corporativo o capitalismo de Estado.

Hay en esto algo de anacrónico: cuando las grandes organizaciones que arrebañan al hombre comienzan a fracasar mostrándonos su natural acabamiento; precisamente ahora que la tendencia de los hechos amenaza con la disgregación económica y aun política, los hombres dirigentes (siempre obligados a imaginar un mundo mejor) se aferran a la idea de la unificación total. Ciertamente la tendencia unificadora —que comenzó o renació en esta Civilización con la fábrica

y llegó a su apogeo con las agrupaciones interpugnantes de patronos y obreros— no se satisface ya de ningún modo. Ahora, hecho el estado de espíritu en el pueblo, quiere hacer de cada nación un taller, y, según algunos, tiene pensado unificar el mundo entero en una sola economía.

Por lo que se refiere a nuestro país, la opinión está menos convencida de la necesidad de cambios tan fundamentales. Duda entre disminuir o aumentar los tributos, extender o reducir los cultivos, abaratar los costos, emitir moneda o, por fin, dejarse estar a la espera de que una calamidad cualquiera obligue a Europa a comprarnos más y pagarnos mejor.

Esta vaga esperanza explica aquellas indecisiones. Mas tal actitud mental es sumamente peligrosa; de ahí se pasa a afirmar, con optimismo suicida, que la Argentina, produciendo alimentos, realiza un trabajo indispensable al mundo y que, en consecuencia, sus problemas nunca pueden ser muy graves. Me parece de la mayor urgencia que los gobernantes reflexionen detenidamente sobre los verdaderos fundamentos del trabajo y la vida de la Nación. Porque aquella afirmación infundada puede dirigir sus actos hacia empresas descabe-lladas.

Todo propósito tendiente a reanimar la construcción y el intercambio y las grandes explotaciones sin más objeto que lucrar o vivir de ello, importa sustentar un concepto simplista acerca del trabajo nacional; y esto sólo se justificaría en un país cuyos habitantes distribuidos en el agro, se aplicaran directamente a la producción.

Esta no es nuestra situación. Tal vez ningún país sea, económicamente, menos independiente que el nuestro. Observemos que, sin ser industrial, es, sin embargo, urbano por excelencia y está íntegramente dedicado a los trabajos subsidiarios o del progreso. Su vida y aun su más relativo bienestar dependen, por fuerza, de la suerte de su progreso (intercambio y construcción).

Tal vez os parezca excesivo llamar problemas del progreso a los problemas económicos. Si el progreso se ha detenido o no, diréis, ése es un problema ulterior. Lo previo es trabajar, de cualquier modo, normalizar las actividades, conformándonos con que la crisis no nos lleve al desorden o a la miseria.

Pero no es así; el progreso es parte indispensable a nuestra vida actual. El progreso no es sólo un suceso o una serie de sucesos felices de los cuales podemos prescindir, sino que es el modo típico de vida, la fuente única de trabajo para la inmensa mayoría de la población.

El trabajo humano puede asumir una complejidad, grandeza y perfección extraordinarias; puede transformar el medio y aun modificar el aspecto del mundo; puede dar al hombre la ilusión de que su vida y sus ocupaciones se han transformado sustancial y definitivamente.

Pero la realidad es distinta: el trabajo de transformar que se llama progreso no es sino una forma, un ritmo particular y momentáneo del único trabajo que le es dado realizar al hombre: el trabajo de vivir. No se construye para tener sino para gastar. Las más luminosas ideas materializadas, ciudades, usinas, barcos, vehículos y cuanto nos maravilla, no tienen más causa ni objeto que satisfacer las limitadas, humildes e ineludibles necesidades cotidianas de la especie.

El progreso material sólo se hace posible cuando las gentes se conducen como si creyeran que su solo objeto es dedicarse a construir, reproducir y amplificar las cosas que les han parecido útiles o buenas. Si los instrumentos, vehículos o casas les han producido alguna satisfacción querrán poseer muchos más. Les domina la idea de que la producción de tales cosas lo es todo por sí y que su amplificación no puede hallar límites de ninguna clase. El modo típico del progreso es construir para, luego, convertir la construcción en valores fiduciarios.

Pero la construcción tiene urgencia por ser puesta en uso; esta condición es lo que la limita y lo que disminuye al fin sus perspectivas y su importancia. El trabajo, cualquiera sea su forma, no tiene más objeto que dotar al hombre de las cosas que necesita gastar al tiempo que vive. El progreso se realiza mientras se crean y difunden cosas nuevas; mientras tienen perspectivas dan trabajo y ganancia a un núcleo que construye más valor del que consume. Cuando el núcleo de consumidores llega a su máximo la novedad se ha hecho parte necesaria de la vida general y el hecho principal ya no es el trabajo sino el consumo. Mas lo que aviva el progreso y permite subsistir a sus grandes aglomeraciones urbanas no es el consumo sino el trabajo.

Claramente se advierte entonces que el solo trabajo de

satisfaçer las necesidades presentes no puede determinar progreso, ya que el producto que se consume a medida y al par que se crea sólo puede ser realizado dentro de los estrechos límites de la posibilidad de consumo presente. Cuando los trabajos se limitan a servir esas necesidades inmediatas que son, en general, las de comer y vestir no puede haber ganancia social. Si alguno gana es porque otro pierde. Para que haya ganancia social se requiere la existencia de un tercero que puede ser el extranjero o el futuro. Mas aun así las ganancias privadas no serán ganancia social mientras quien las acumula no las aplique a la transformación del medio construyendo cosas nuevas, que son o parecen mejores y que están destinadas por su duración o trascendencia a exceder las necesidades inmediatas del núcleo social contemporáneo.

Lo que hemos hecho para determinar progreso es agregar a las necesidades presentes las necesidades futuras; realizar obras que conserven su utilidad más allá de la generación actual con lo cual se consigue —gracias al artificio del crédito— ganar sobre las necesidades de gentes que aun no han nacido. De ahí que el trabajo, llegado cierto estado del progreso se divida en dos categorías esenciales: trabajos para el presente y trabajos para el futuro. Esto es lo único que permitirá trabajar más de lo inmediatamente necesario.

Pero esta clase de trabajos no puede asumir proporciones caprichosas; los trabajos para el futuro deben ser también de necesidad presente. En el caso actual esta necesidad no es la necesidad inmediata de sustentarse, sino necesidades circunstanciales determinadas por las transformaciones que ya ha realizado el progreso, es decir por las perspectivas, las acumulaciones de población y la creación de nuevas cosas superfluas que parecen necesarias según la educación pública y que en realidad llegan a serlo.

Se le entrega así al futuro, lo que sirve a la vida del presente. Si cada generación tuviera la misma disposición, capacidad y posibilidades para crear sus propias cosas, es evidente que despreciaría todo lo que recibe y lo suplantaría con creaciones nuevas. En este caso, periódicamente, ocurriría la quiebra de todo capital y de todo valor antiguo y el orden y el desorden total se sucederían alternándose con demasiada frecuencia para que la Civilización pudiera subsistir en cierta unidad.

Si esto no ocurre así, todo cuanto construyamos y no

podamos gastar o aniquilar en cierto tiempo inmediato se acumulará en lo futuro e impedirá a las generaciones que vienen para continuar el progreso y aun para vivir como las hemos dejado.

En este paso del presente al futuro, ¿cuál es la posición en que se halla la actual generación argentina? Ante todo recordemos en qué han estado ocupadas las generaciones anteriores. Digamos que —*grosso modo*— en los últimos cuarenta años han construído Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca y cien ciudades más; que han construído también casi todos los ferrocarriles, puertos, diques, canales y cuanta obra de importancia poseemos. En una palabra, han construído totalmente la República Argentina.

Nuestra generación se encuentra con que para continuar esos trabajos y aun aumentarlos, puesto que es más numerosa y posee métodos más perfectos, deberá transformar el país por lo menos en las mismas proporciones en que aquéllas transformaron la Argentina en 1890. ¿Con qué ideas, con qué necesidades, con qué alicientes podríamos hacerlo si lo hecho satisface ampliamente la capacidad de uso de la población actual?

Desechemos de una vez la creencia de que esta crisis sea un estado anormal de la economía social. Por lo contrario, se parece más bien a una tendencia a la normalización de la vida y del trabajo, para lo cual la población no está preparada. El pueblo argentino está saliendo del período constructivo y de las transformaciones. Esta época se caracterizó por una invasión de gentes, cosas, usos y actividades que transformó al país violentamente en razón de haber hallado aquí un medio virgen donde la tierra estaba aún libre de costos. Así que el país fué llenándose de todo ello, los efectos de la invasión fueron mostrándose cada vez menos perceptibles. La última parte del drama fué la invasión del automotor y de alguna que otra máquina industrial. A continuación, sólo se realizó la construcción de edificios urbanos como postrera consecuencia de las transformaciones en la distribución del pueblo. En los años recientes la única novedad visible fué el crecimiento de la burocracia fiscal y del oficinismo capitalista.

Ocurre, pues, que la población argentina se encuentra

recién ahora verdaderamente acomodada para los grandes trabajos urbanos. Recién ahora tiene a su disposición los puertos, las oficinas, los edificios y viviendas, las fábricas de vehículos, tiene en fin las ciudades amplias y vastamente dotadas para realizar el trabajo a que se dice destinado el progreso. Pero ahora se encuentra con que el progreso era simplemente el trabajo de construir y reunir todo eso. En consecuencia no tiene nada que hacer, pues ni está en condiciones de bastarse a sí misma en la satisfacción de sus necesidades ni este trabajo es suficiente para ocuparla y permitirle ganar.

El conglomerado social que se llama ciudad sufre la falta de trabajo y se inquieta considerando las pavorosas perspectivas que los hechos le presentan. Sus directores claman por medidas de gobierno que provoquen el retorno a la "normalidad". Se pretende reavivar las industrias, iniciar obras públicas, intensificar el intercambio. Olvidan sin embargo algo que es esencial. Esos trabajos no son los trabajos de la ciudad; no dependen de ella sino al contrario; el problema del trabajo es el problema del productor de cosas necesarias, dedicado y condicionado a producir para un comprador creyente que vive en la ciudad y del crecimiento de la ciudad. La ciudad es sólo consumidora.

Se engañan gravemente y constituyen un peligro social los que creen que las industrias urbanas realizan siempre trabajos fundados en necesidades permanentes. La fábrica urbana produce para muchedumbres que nada producen; en consecuencia su producto no es el exigido por la reciprocidad social. Su prosperidad se funda en la situación aleatoria de empleados, obreros y especuladores que a su vez medran gracias a la probabilidad de que otros produzcan y necesiten trabajos indispensables y a la probabilidad de que algunos de ellos puedan ganar especulando con aquellos productos o creando cosas para el extranjero o para el futuro.

Todos los trabajos urbanos, así el del zapatero como el del mueblero, lo mismo el del peluquero que el del fondista, el tranviario, el oficinista o el barrendero de calles cuando la ciudad es excesiva son trabajos que podemos llamar viciosos. Cada uno de aquéllos realiza separadamente trabajos de uso inmediato en cuanto satisfacen necesidades diarias individuales, pero todos en conjunto no realizan otra cosa que la ciudad misma; la llenan y sirven a la vez, de modo que su vida

se funda únicamente en suposiciones y previsiones para el futuro, completamente caprichosas.

Si la ciudad es un instrumento necesario a la civilización ella debe ser de dimensiones y costo adecuados al conjunto social que la sustenta. Mas he aquí que Buenos Aires, Rosario y tres o cuatro ciudades más cobijan la tercera parte de la población total de la Argentina. Semejantes aglomeraciones, ¿de qué viven? Es fácil verlo: del trabajo de una minoría campesina que no pasa del 10 % de la población. Ellas se han atribuido la misión de manejar su producto y sus dineros, y, a la vez, recibir y venderle el producto europeo que necesitan. Esto solo en principio; en el desarrollo final del proceso viven de la acumulación y manejo de papeles representativos del trabajo realizado.

¿Con qué fin podríamos ocultarnos la realidad? ¿Para salvar qué? Digamos pues que las perspectivas actuales del trabajo no pueden ser más mezquinas. Todo cuanto se idea para acrecentarlo es contraproducente. La colonización de tierras o el aumento de cultivos fomentados por el estado o por el capital, no pudiendo producir sino efectos para la venta, se encuentra pronto con que el cliente se ha empobrecido. Si el colono quiere bastarse a sí mismo conspira contra el orden urbano, que está destinado a proveerle y comprar su producto; si la ciudad se industrializa más, ahoga el intercambio para el cual debía producir el colono. Todo cuanto se hace para la colectividad es excesivo.

Reflexione el lector y deduzca si estos impedimentos opuestos al trabajo y a la vida de los grandes conglomerados urbanos pueden ser salvados por el régimen político o económico de sus preferencias; fíjese si la economía dirigida⁽¹⁾ o el capitalismo de Estado⁽²⁾ pueden construir más allá de lo necesario o si en caso contrario podrán sustentar el orden del rebaño humano sometido a forzosa holganza; observe si corporaciones de oficios insostenibles⁽³⁾ pueden sustentar un régimen social duradero; dígase si podrán todavía los hombres vivir gracias a las creaciones o a las previsiones del conjunto, cuando a éste le faltan posibilidades de crear más de lo necesario.

(1) Comunismo.

(2) N. R. A.

(3) Fascismo.

Se dijo hasta ahora que en el régimen actual una minoría elegida vive de la mayoría. Con este concepto habrá quien piense que en el fondo no hay inconvenientes materiales para que sin cambiar nada la mayoría viva del trabajo de unos pocos. Justamente esto es lo que piensan, según discurre, economistas políticos y gobernantes cuando imaginan medios de vender al extranjero más trigo, más lana o más carnes. Quieren que el campesino⁽⁴⁾ trabaje más a fin de que el remanente que se distrae en la ciudad sea mayor; mas esto tiene que ser sin disminuir el número de los habitantes urbanos, que en ello se escondería la desvalorización de la ciudad. Lo mismo piensan los que sueñan con gastar los últimos dineros de la nación en construir grandes caminos por donde el producto circule más económicamente. Piensan, sin duda, regular lo economizado así al posible comprador extranjero para que éste nos prefiera o para que le alcance el dinero. Todo naturalmente a costa del productor. Pero es en vano. Tampoco esto es posible.

El intercambio sólo puede realizarse en escala suficiente para dar de ganar a las naciones, cuando es intercambio de valores desiguales. Después de cierto tiempo el medio o país invadido se satura, se iguala al foco y su interés por comprar efectos esencialmente diferentes disminuye. Entonces es cuando el valor de los trabajos intercambiados se iguala; siendo iguales en valor las masas intercambiadas no hay excedente que sostenga la ciudad y sufrague el progreso. Pero no nos adelantemos, pues los problemas del intercambio son motivo para capítulo aparte.

No deseo abundar en motivos necesariamente conexos. Corro peligro de repetir más de lo necesario conceptos que he desarrollado en orden y con mayor amplitud en mi libro "La Parábola de la Civilización". Por otra parte, algunas premisas esenciales en él contenidas han dejado de ser novedosas desde que eminentes estudiosos comienzan a difundirlas desde altas cátedras con una claridad y brillos que mi apagado lenguaje no puede ofrecer. Mi propósito no es por ahora otro que contribuir a que mis conciudadanos se decidan a afrontar la independización del hombre y del país argentinos, y es bueno que hablemos ahora francamente de estas cosas, porque después no podremos hablar.

(4) La minoría.